

CELCIT. Dramática Latinoamericana N° 170

MANZANA PODRIDA

Alejandro Robino

Acto I: Culo sucio

En un baño, (cámara negra, un inodoro frente a público; a un lado un rollo de papel higiénico. Iluminación cenital), un hombre gris, vestido con traje, muy nervioso, ensaya una conversación con un interlocutor al que espera.

Gutierrez: Discúlpeme que lo aborde de esta forma, señor Fernández, lo que pasa es que necesitaba hablar con usted con suma urgencia porque... porque... Sí, ya sé que sus urgencias son mayores que las mías. Haga, haga tranquilo... ¡No!, quiero decir... No me refiero al lugar, a las cosas de este lugar, señor. No, no quise ser grosero... *Se pone contra el inodoro e intenta otra estrategia.* ¡Señor Fernández!, que casualidad encontrarlo por aquí... Sí, ya sé que este es su baño privado, lo que pasa es que yo pasaba por acá y me dije: ¡Qué buen momento para darle la mano a un amigo...! *Pausa. Se sorprende de sus palabras.* No, quiero decir... no es lo que usted piensa. *Se mira las manos.* No, por favor, no me mal interprete. De ningún modo yo lo quiero ofender con una cosa así... *Se lava las manos. Se mira a un espejo imaginario en la 4ª pared y se recompone.* ¿Qué tal jefe? Me estoy lavando las manos... No, no es que me quiera desentender del tema. ¡Usted tiene que entenderme a mí! Yo tengo dos chicos que están en la escuela y eso trae muchos gastos. Después de todo no es un asunto para armar un escándalo. Le he averiguado que el último informe de la organización mundial de la salud, asegura que la mayor causa de mortalidad infantil, señor, son los accidentes... de tránsito. ¡Y eso no es todo! Hay estudios hechos en el país que demuestran que la poliomielitis está prácticamente erradicada. ¡No señor! No son informes de nuestro ministerio, ni mucho menos.

Yo jamás le traería a usted una cosa así... Son fidedignos, se lo aseguro. Además, es sabido que la gente en la frontera, crea anticuerpos sola. Es mucho más sana... Lo que pasa es que -aunque le parezca sorprendente- en este país las rutas de frontera son un desastre. ¡No, señor! No es culpa nuestra. Bastante hacen los compañeros que están en vialidad nacional, señor. Si los caminos están como están es por culpa de la herencia que nos ha dejado la oposición. De eso no le quepa ninguna duda. Son unos genocidas, señor, se lo aseguro. Por culpa de ellos es que mueren tantos niños en la frontera... en accidentes... de tránsito. Por eso es que pese a que allí son más fuertes es que aparece un índice de mortalidad infantil tan alto en los informes que publicaron hoy las tapas de los diarios. Pero usted sabe lo malintencionada que es la prensa. No discriminan y caemos todos en la volteada. Porque enfermarse, con todo ese aire puro que ellos tienen, señor, casi no se enferman. Eso es lo importante de la vida al aire libre... Y sobre todo para los niños. Y los míos, después de todo también lo son. Y muchas veces tienen tristezas, señor. Por eso, pensando en ellos, en la necesidad de que también puedan disfrutar de un... country, como los demás niños, señor, es que yo distraje... ¡No! No quise usar la palabra distraer. Quiero decir, en la forma que usted piensa, no. En esa no exactamente. En otra. Porque después de todo distraerse es un derecho constitucional, señor. Sí, no me mire extrañado. Me lo dijo el más chico, Christopher, que ya está en tercer grado, señor y les hacen -quiero decir- les hacemos leer la constitución. ¿Si no cómo van a formarse como ciudadanos honrados? Es la carta magna, legado ilustre de nuestros insignes mayores que forjaron nuestra patria. Y la constitución dice, ¡es más! afirma, que el esparcimiento, el sano esparcimiento es un derecho. Y si no lo dice, debería decirlo, señor. Y cuando yo me esparzo, me distraigo señor. Fíjese si no lo que me pasó el otro día cuando estaba hablando con la jefa de archivo -en el horario del refrigerio, claro está- y en eso se dio vuelta y yo al verle ese... Ese no es asunto mío, señor Fernández. Eso lo tengo muy presente... o ausente... o como corresponda. No, señor. No viene al caso. Fue como usted diría, una disgresión poco feliz. ¿Y a todo esto no sé por qué le estoy hablando de la señorita Jefa de Archivos que usted se...? ¡Ah! Seguramente me distraje. Sí, claro. Eso le decía, que yo soy de distraerme, ¿no ve? Pero le juro que yo no lo hago a propósito, señor Fernández. No, no lo hice a propósito. Lo de distraer esos fondos, digo... Fue usted el que me dijo que era mejor cobrar el cheque y mandarles las vacunas, que mandarles la plata directamente. Esos bancos provinciales de frontera no son muy seguros, señor Fernández. Usted dijo esto en su discurso del 5º congreso de asesores ministeriales. ¡Brillante pieza oratoria! Yo el cheque lo cobré, conforme a la operatoria que usted a llevado a cabo durante estos años, señor... Usted cobró tantos que a mí no me pareció que fuese a desentonar que cobrase uno solito, chiquitito... Pero no se preocupe, porque como ya le dije: yo soy de distraerme. De mirar para otro lado. Sí, claro, cuando me esparzo, señor. No, si no digo que usted se quedara con la plata cada vez que una partida de... Lejos de mí intención pronunciar tales palabras... Yo lo que quiero decir es que cada vez que llegaban las partidas usted cambiaba el auto. Y que con el lío del auto no tenía demasiado tiempo para ser muy puntilloso. No, si yo ya sé que usted es muy puntilloso y que si no le traemos el papel higiénico de

primera marca con dibujos búlgaros, nos hace ir a cambiarlo, porque para eso es usted el jefe y tiene todo el derecho y... y yo no soy quien para meterme en su vida privada, en su baño privado; que después de todo lo mío es un simple comentario... Pasaba por acá y se me ocurrió comentarle que me parece muy bien que lo tenga tan bien decorado. El jefe debe tener un lugar cómodo en donde... ¿cómo decirlo?... deshacerse de sus cosas dignamente. Me refiero a... bueno, usted entiende, *señor*. No podría hacer sus... sus necesidades en el baño de abajo que está todo tapado. ¡No, si no me quejo! Yo sé que si está tapado el inodoro es porque de los treinta y cuatro empleados que hay abajo, hay uno que tira papel demás. ¡Sí, señor Fernández! ¡Después dicen que los dos rollos del mes no alcanzan y empiezan a faltarme los memorandum, y eso que son de papel más duro! Pero como está tapado, señor, es más difícil deshacerse de lo que a uno... como decir... le incomoda. Eso está lleno de... de memorándums, señor. En uno de esos usted pidió la auditoría... No, señor. De ningún modo yo me meto en los asuntos que no son de mi estricta área operativa dentro de la secretaría. Fue un encuentro fortuito, señor. Sí. Fortuito, como lo escucha. Yo estaba intentando... bueno, en el baño de abajo señor... Ya le mencioné que tiene algunas dificultades de infraestructura edilicia. ¿Pero qué cosa no, en este país que nos dejó la oposición, señor? ¡Si esto lo pudiesen entender las vísceras..! Todo sería más fácil. Pero hay cosas que si uno no está relajado no las puede hacer y como sentarse ya es imposible, señor, yo me agarro de las paredes. No, si no me molesta, señor. Es un gran ejercicio. Lo que sucede es que todo el mundo hace lo mismo y se están poniendo un tanto resbalosas... A mí me parece muy bien que haya una auditoría y sobre todo porque lo hace un amigo de su confianza. Eso lo deja más tranquilo. Lo que yo le quería decir es si le podría hablar a su amigo, por ese chequecito que, bueno, se traspapeló digamos... Yo sé que en su repartición no se traspapela nada. No quise decir eso. Yo lo que intento explicarle es que somos funcionarios del estado y no podemos permitir que nuestros hijos se eduquen en cualquier lado. Yo le juro que con las dos matrículas del colegio San Andrés y los uniformes, no me quedó para más nada. Ni pelusa en el bolsillo. ¿Qué iba a hacer? No los voy a mandar a un colegio público... Usted siempre me dijo que eso no estaba bien y yo le juro que siempre estuve de acuerdo en lo que usted dijo, señor Fernández. Yo no hago otra cosa más que seguir su ejemplo y... y con esto ni estoy diciendo que usted no mande las partidas de medicamentos ni mucho menos señor. A mí me consta su preocupación por el tema y sus largas charlas con la gente de los laboratorios. Eso al final se aprecia señor y yo me doy cuenta que usted es una persona respetada y querida, porque si no, no le harían tantos regalos... Aunque yo sé que se los hacen en forma personal y por el gran aprecio que usted les merece y que no hay que confundir la amistad con la responsabilidad del trabajo y usted no lo hace señor, claro que no... Porque todos los que están adentro de este ministerio saben de su honradez sin par, señor. Esto habla bien de usted, señor... y de mí. Quiero decir que no me ando metiendo en lo que no me importa y que por eso estoy acá con el jabón, porque una mano lava la otra y las dos lavan la cara... es un decir. Sí, ya sé... poco feliz el decir, señor. Yo digo, que ahora que se compró el yate, sería mucho mejor que se ocupara de sus clases de náutica

que de ese chequecito de mala muerte. Digo, porque salir a navegar no es un juego y uno puede pasarla muy mal si no sabe lo que hace. En el momento menos inesperado se le puede venir a uno un temporal y uno tiene que estar preparado para capearlo. No señor. Yo esto de pasarla mal lo digo sólo por lo del bote ese... A mí no me interesa saber como consiguió la plata. Estoy seguro que con su *charme* consiguió una financiación excelente... Yo tengo dos hijos, señor. Y necesito darles de comer porque con lo que gana mi mujer, si se tuviera que arreglar sola, no alcanza para nada... El más chico tendría que vender su videogame que tanto había deseado... Mi señora no podrá ir más a los shoppings, señor. La vida sería una auténtica desgracia. Por eso yo me atrevo a pedirle que reconsidere lo de la auditoría... O que le hable a su amigo... No señor, no me prejuzgue. Yo solo le sugiero y de ningún modo pienso que usted pueda tener alguna injerencia con el control y fiscalización que se ejerce sobre esta secretaría. Si se entendió eso o cualquier otro tipo de matufias no fue mi intención divulgarlas, es decir que no me constan y que estoy seguro que usted jamás haría una cosa semejante... Señor Fernández, si en algo le ofendí le pido disculpas, lo que pasa es que me puse un poco nervioso... y... y... Y si quiere que se lo diga, se lo digo: ¡Me quedé con la guita! ¡Me quedé con la guita! ¡¿Y qué?! Pero no voy a dejar que me hunda a mí solo. Está bien, lo asumo. Yo no sé como se afana y... y me mandé una gran cagada... *Gutierrez se desploma llorando sobre el inodoro.*

Perdonemé... me puse un poco nervioso... perdoneme. No, si ya estoy bien... ya estoy bien... Yo solo quiero... quisiera... quiero decirle una cosita que... ¡No dos cositas quiero decirle! No, no, no. Una cosita... ¡No! Dos cositas ¡No! Una cosita... dos cositas... una cosita... dos cositas... una cosita dos cositas... una cosita ... En primer lugar, que si yo me hundo vos te vas a venir al fondo conmigo... pero bien al fondo... *Pausa.* Y en segundo lugar... si... si usted, con toda su familia, señor... si usted con todo sus seres queridos, con los amigos, los militantes, los que lo siguen... si con todos ellos señor, no podría... ¿cómo decirlo? ¿cómo expresarlo?... si usted no podría... ¡Irse a reputa que lo parió!

Entra Fernandez con varios expedientes. Escucha la última frase y el hombre queda sorprendido.

Fernandez: ¿Qué hace acá?

Gutierrez: Nada.

Fernandez: ¿Cómo nada?

Gutierrez: Bueno, caca, señor. Pero estoy arrepentido y le juro que no toque su papel higiénico con dibujos búlgaros.

Fernandez: Déjese de pavadas y ayúdeme con esto.

Fernandez empieza a romper los expedientes y a tirarlos por el inodoro. Gutierrez lo imita.

Gutierrez: ¿Qué es esto, señor? *Gutierrez lee.*

Fernandez: Unas carpetas, ¿no se da cuenta? Lo que pasa es que ya no tengo dónde ponerlas y me desordenan todo el despacho. Apúrese y déjese de joder. El auditor está por caer de un momento a otro y quiero dar una buena imagen de orden... Como siempre tuvo esta secretaría.

Gutierrez: Por supuesto, señor. Pero su amigo...

Fernandez: ¡Qué amigo ni un carajo! Yo nunca tuve un amigo auditor. Y mucho menos un idiota que está preso por bocón. Usted abra bien las orejas si quiere conservar este puesto. Acá no hay amigos. ¿Entendió?

Gutierrez: Sí, señor.

Fernandez: Ni amigos ni vacunas. ¿No puede cortar más rápido?

Gutierrez: ¡Por supuesto! Déjeme a mí señor... *Gutierrez toma los expedientes que quedan, los rompe, los tira al inodoro, aprieta el botón y mete el pie para empujar.*

Fernandez: Muy bien Gutierrez, muy bien. Estos son los sacrificios que el país necesita en esta hora de crisis. La bravura y el arrojo de nobles ciudadanos como usted que hacen de la función pública un sacerdocio. La patria enfrenta horas difíciles, pero gestos como el suyo, aseguran un horizonte de grandeza. Por eso mismo, Gutierrez, no vamos a permitir que por un simple traspapeleo manchen el buen nombre de esta secretaría.

Gutierrez: No señor, de ningún modo... *Fernández va a irse. Abre la puerta.*

Fernandez: Gutierrez...

Gutierrez: ¿Sí, señor?

Fernandez: No crea que yo me olvido de las cosas. Que no se le ocurra que lo suyo va a pasar por alto... *Pausa.* Va a tener su apercibimiento, correspondiente. Ya mismo pongo en sobreaviso al jefe de personal. Pese al aprecio que su gestión me merece usted sabe que yo soy inflexible y no haré excepciones.

Gutierrez: Pero señor...

Fernandez: Sin peros, Gutierrez. Sin peros... Me molesta que usen mi baño privado sin mi autorización... *Fernández sale. Gutierrez saca una carpeta del inodoro y la abraza.*

Fin del primer acto.

-

Acto II: Al caer la tarde

-

Escena I

En el centro de un espacio oscuro, cámara negra, un hombre desnudo y triste, está parado frente al público. A sus pies, un montículo con su ropa.

Carlos: Morir de lepra. Que se te caigan la carne a cachos. Perder un dedo en el asa de una taza. Pegártelo con la gotita, con eufemismos. Y maquillar el rejunte sonriendo. Como si no te hubiera pasado nada. Morir de SIDA. Solo. Inmunodeficiente, a los otros ojos. Dar lástima o miedo, o cogételes a todos gritándoles te quiero y que después revienten. Como vos. Solo, en un catre de hospital. Con una enfermera a cinco metros de distancia, tejiendo al crochet. Morir de tuberculosis, escupiendo los pulmones. Mancharle la cara con tu sangre al infeliz que te asiste. Morir de asma. Sentirte un pelotudo que se ahoga. Morir de rabia. Babearte a los gritos. Roer las paredes. Morder los barrotes de tu jaula y estirar la pata. Morir de sífilis. Quedarte con la verga podrida en la mano y joder a tus hijos partiéndole los labios. Sembrarla en otros vientres. Agrandarle el orto a un puto y que reviente con el colon infectado. Morir de cólera. Cagarte encima hasta que se te de vuelta el culo. Morir de neumonía. Morir de tifus. Morir de un mal incurable, que ni siquiera tenga nombre. O más vulgar: Morir de cáncer. Que esté bien ramificado. Que sepas que no podés curarte. Que te ataque la próstata o el esófago. Da lo mismo. Que todos sepan que tenés cáncer. Que te miren con lástima. Que los mires con odio. Morir de hambre. De frío. De miedo, en una guerra cualquiera que no le importe a nadie. Que el agua te congele los *güevos* en una trinchera de mierda y morir de gangrena. Que corra pus por tus venas y la fiebre te haga morir calcinado. Morir suicidándote. Tirarte en las vías de un suburbio pestilente y joder a unos cuantos, que se les enfriará la cena. Hacerle gestos obscenos al guardabarreras, que no para de gritarte. Esperar al tren de frente y morir de bronca; porque el tren te esquiva y la gente te putea y luego se deleita al verte: Morir, atropellado por un camión, que cruza las vías con la barrera baja. Que el conductor siga de largo. Que ni siquiera pare.

Que pase otro camión y te pise de vuelta. Y después un colectivo y después un auto y después una moto y hasta una bicicleta. Y después otro camión y otro y otro. Morir. Morir como sea. De cualquier forma. De cualquier manera. De cualquier modo. Morir,

como se pueda, pero sin extrañarte. Cualquier cosa es preferible a morir de amor. A que te lleve esta tristeza, un martes cualquiera, al caer la tarde.

-

Escena II

Se encienden las luces. El hombre comienza vestirse. Detrás de él, hay una mesita redonda con dos sillas. Está dispuesta para servir el té.

Carlos : ¿Está bien el agua, o le subo al calefón? *Pausa* ¿Me escuchaste? ¡Dije si me escuchaste! *Pausa*. ¿Qué vas a escuchar! Con esa maldita manía de encerrarte en la ducha con la radio a todo lo que da. Y encima canta... Bueno, se cree que canta. *Habla en dirección al baño, a sabiendas de que no es escuchado. Ensayo lo que le va a decir.* Compré scones... y te hice la mermelada de naranja que me pediste. ¿Quién te va a cuidar así, eh? No, sí, ya sé... el omnipotente puede encontrar ya mismo lo que se le da la gana en cualquier parte... ¡Por supuesto! Sólo que los martes y viernes a las tardes prefiere tener sus reuniones de trabajo en mi departamento. *Ríe.* Sos un chico. Si supieras cuanta gracia me causan tus ataques de secretario de estado... Si no puse manteca en la mesa es porque después te pateas el hígado y quedás hecho una porquería. No. No hay manteca y no te voy a dar por más que te cabrees. Estoy seguro que esos caprichitos no se los hacés a tu Elsa... perdón. Me olvidé que el señor secretario se molesta cuando le menciono a su esposa. *Pausa.* Tengo que comprar servilletas de papel. Se están acabando. Lo que pasa es que cuando fui al super no había con motivos búlgaros... ¿yo no sé de donde sacaste esa fijación con los motivos búlgaros? No creo que en otros lados te tengan tan en cuenta las manías... Sí, a todas. Sabés bien de que estoy hablando... No te hagas el sordo, Raúl. Ni pongas esa cara como que te quisiera arruinar la tarde. Sabés que no es así. Sólo que me parece que ya es hora de que hablemos de nosotros... Sí, de nosotros. No, esperá escucháme. No tenés por qué enojarte. Si no dije nada, todavía. Me refiero a que tal vez pudiéramos... ¿El té con leche fría, no? Azúcar dos, como siempre. ¿Sabés que se vende el departamento de al lado? Hoy me enteré... Si no aflojás con los dulces no vas a bajar nunca esa panza. Sí, no me hagas esos silencios de galán recio... Que a mí... *Me gustes* ...no significa que no me de cuenta que tenés salvavidas. Ay, perdón, el señor se ofendió... Si viviésemos juntos, estoy seguro que no comerías tantas porquerías. El té es diurético, a ver si te desintoxica un poco... *Pausa.* ¿Te preparo un scones? Son integrales. Ayer hablé con el abogado ese que me recomendaste. El doctor Guertner. Resultó macanudo el tipo. Me llamó él. Parece que la sucesión de los viejos ya salió. Así que ya puedo vender la casita... ¡Te juro que no veía la hora! Estoy harto de este alquiler que te chupa

la sangre... sí, ya sé que me ayudás porque querés... Pero después tenés que andar dibujando esa plata en el presupuesto y tu mujer... Tu mujer. Tu mujer debe estar contenta con el yate. Mirá que te rompió las bolas con eso. ¿Qué te pedirá ahora? ¿Un castillo? No te enojés, pero es la verdad, Raúl. Yo no tengo nada personal con ella. Sí sólo la conozco a través de las fotos de las revistas... Pero no te cuida como te merecés y eso es lo que me pone loco. Te exprime como una naranja y le importa tres carajos en que despelotes te metés para darle los gustos. Hoy es el yate, mañana Buckinham, pasado mañana, ¿qué?

Pausa. Estuve pensando en nosotros, Raúl... No seas cabrón y por lo menos escucháme. Si no sabés lo que te voy a decir. Sí, ya sé que sos un político y todo eso, pero dejáme hablar... Si yo vendo la casita, para un departamentito alcanzaría... este es un lindo edificio. No, si no digo que vivamos como pareja. Yo podría ser tu secretario y de paso te sacás de encima al pesado de Gutierrez... Ese tipo un día de estos te va a dar un dolor de cabeza, te la tiene jurada... Ya lo tengo todo planeado, mi amor. Nadie va a sospechar nada y vamos a estar juntos... juntos todo el día. El portero me dijo que en el cuarto tienen unidos los dos departamentos como si fuera un piso. Los del "a", le compraron el "b" al hijo que se les casó. La vieja lo sigue teniendo agarrado de las bolas. Pobre pibe. Hicieron una puerta uniendo las cocinas, por el hueco de la heladera. Y la heladera la pusieron al lado del placarcito. Yo ahí sólo tengo porquerías y ya es hora de que haga una buena limpieza. Yo sé que es un poco loco, pero vas a ver que todo va a salir bien... Hasta podemos disimular la puerta empapelándola o algo así... eso es lo de menos. Vos no vas a tener que preocuparte. Yo me voy a encargar de todo. Se te va a enfriar el té. Si sabía le ponía leche caliente. Sos incorregible. Vos debés haber nacido rico. Nunca conocí a nadie que se enjabone y enjuague tres veces... Apurate... Estuve hablando con el dr. Guertner... por tu divorcio... No, no pienses pavadas. No soy tan idiota como me creés... No se dio cuenta de nada. Yo sólo me enganché cuando el tipo dijo que había que tener un vagón de guita para mantener una mina así... así, como Elsa. Yo me reí y el tipo dijo que ella estaría encantada con el divorcio... ¡No jodas! Te juro que yo no le dije nada, el se despachó solo. Si todo el mundo se da cuenta que esa yegua lo único que quiere es... No, perdonáme. Yo no quiero hablar de Elsa. Sólo quiero hablar de nosotros, Raúl, de nosotros. Sí, lo que oís. De prepararte el desayuno... de despedirnos con un beso... Yo no quiero arruinar tu carrera política, vos lo sabés. Qué más querría yo que fueras ministro o presidente. Mirá lo que te voy a decir: creo que hasta te votaría, con tal de verte contento. Sólo se trata de animarse. De compartir más tiempo y menos temores. ¿O vos te creés que a mí no me da miedo imaginarme una horda de paparazzi, persiguiéndonos? ¿O te creés que a mí me encanta tener la única foto en la que estamos juntos, en la que nos estamos besando, sí, ¿y qué?, escondida en un cajón? *Saca la foto abriendo el cajón de la mesita, la mira, la acaricia, la besa.* Pero no les vamos a dar motivos... No van a poder. La foto se quedará sin portaretratos y los paparazzi sin banquete. Por lo menos por ahora... *Vuelve a guardar la foto.* Si nunca te la mostré es porque... porque... *Ríe.* También, sólo a vos se te ocurre regalarme una maquina con disparador automático. No te enojés... fue una travesura. Después de todo, es mi único

botín. ¡No! ¡Botín, no! Los botines son de guerra, Raúl, y esta es una foto de...
(amor) Tranquilo. Tranquilo.

Los tiempos cambian, Raúl. Tal vez en unos cuantos años, podamos pasear tranquilos, de la mano; pero ahora es esto lo que tenemos y vale la pena aprovecharlo. Porque tal vez ese momento dorado no llegue nunca y a nosotros se nos pasaran de largo los años... Y cuando pasen y ya no seas ni ministro ni presidente ni nada; ni siquiera esto sea un país, entonces ya no vamos a poder aprovecharlo. Vamos a tener un amor mustio, de martes y viernes a la tarde. Vamos a tener el alma enmohecida de tantas terquedades y yo no quiero eso, Raúl. No quiero. No podemos desoírnos las caricias, negarnos los besos... ya estamos grandes para jugar a que somos dos chicos liberados... A que se dio y punto. Esas son excusas de... Hoy cumplimos dos años, Raúl... Dos años. ¡No! ¡Si no te reclamo nada! Jamás se me ocurrió que hubieras podido acordarte... No entendés nada... No lo dije por eso. Quiero decir que esto ya no da para más, mi amor. Que tenemos que arriesgarnos. Sabés que soy cuidadoso... Estuve meses pensando y pensando... Por eso sé que si hacemos las cosas bien va a funcionar... mi amor, vas a ver... vas a ver que...

Aparece Raúl Fernández, pantalones de traje, camisa de vestir desabrochada, pelo mojado, descalzo, toalla en mano. Carlos, es interrumpido por su presencia.

R. Fernández: No funciona.

Carlos: ¿Qué...?

R. Fernández: El secador de pelo... no funciona. ¿No te dije mil veces que no lo dejes en dónde se moje la resistencia? Apenas lo encendí hizo un chispazo. ¿Me querés decir con qué me seco ahora, eh?

Carlos sonrío, enjugando alguna lágrima, se le acerca, le da un beso suave y tomando la toalla le comienza a secar el pelo mimándolo.

Carlos: Dame esa toalla...vos sos un mimoso..

R. Fernández: ¡Qué mimoso ni mimoso! En veinte minutos tengo que estar de vuelta en el despacho, agarrar unos papeles y salir volando para la cancillería. Cuando me vea el infeliz de Gutierrez... ¿me querés decir que cara pongo si aparezco con el pelo mojado?

Carlos: No me maltrates... se te enfría el té.

R. Fernández: *Dulce, mientras se sigue vistiendo.* Dejáte de joder y secáme rápido...

Carlos: ¿Me escuchabas? Digo, si escuchaste lo que...

R. Fernández: ¿Qué cosa?

Carlos: No, nada. Con más tiempo te cuento. No es para andar hablando así, apurados... ¿Y qué vas a hacer a la cancillería?

R. Fernández: No lo sé. Me citó el canciller, me dijo que era reservado. Que me preparase. Que iba a estar el ministro coordinador, en fin... Ese no me puede ver ni en cajita de fósforos, pero si es para lo que me imagino... No va a tener más remedio que estar presente...

Carlos: ¿Qué estás tramando?

R. Fernández: *Mientras le da un mordisco al scons untado por Carlos.* El ambiente se me está poniendo un poco pesado. La corriente interna del partido se me desbanda y ya no tengo la misma prensa que antes; así que, como decía el general, lo mejor es desensillar hasta que aclare... Y si se puede desensillar en el caribe, mejor. Ya estoy podrido de borrarme el color a muerto en la cama solar... *Se miran en silencio.* Sí... ya sé que te tendría que haber dicho algo antes... Pero no era nada seguro. Sigue sin serlo...

Carlos: ¿Qué cosa?

R. Fernández: Estuve rosqueando para conseguirme una agregaduría diplomática en Costa Rica. Lo hablé con Elsa y está fascinada... nos llevaríamos el yate. Acá no puedo quedarme... igual sería por un tiempo. En tres o cuatro años pego la vuelta con la cara lavada. ¿Terminaste con el pelo?

Carlos: Casi... Y nosotros. *Toma el saco de R. Fernández.*

R. Fernández: ¿Nosotros? ¿Qué nosotros?

Carlos: Bueno, no sé... yo pensé que tal vez...

Pausa tensa.

Carlos: Hice planes.

R. Fernández: ¿Planes?

Carlos: Sí, planes... vos y yo, me refiero.

Pausa.

Carlos: No te hagas el desentendido que sabés bien de lo que te estoy hablando.

R. Fernández: ¿Te volviste loca o qué? ¿Quién mierda te creés que soy, eh?

Carlos: Raúl, no te enojés, por favor. No te enojés.

R. Fernández: Dame el saco. ¿No escuchaste? Dame ese saco de una vez...

Carlos: Esperá, Raúl, no te enojés. No entendés... Vos y yo...

R. Fernández: *Arrebatándole el saco.* Vos y yo, ¿qué, eh? Vos y yo qué. ¿Por quién me tomaste, maricón? Son todas iguales... Si te agarran no te largan, te meten en kilombos. Te quieren en la mesita de luz...

¡Pero yo soy un boludo! No hay caso. Para aguantar estos planteos, con la yegua de Elsa me basta y me sobra, y encima tengo que soportar que...

Carlos: No me hables así, mi amor...

R. Fernández: *Dándole una cachetada.* Nunca más me vuelvas a decir eso. ¿Entendiste? Nunca más. Si te volviste loca hacete tratar. ¿Por quién me tomaste? *Poniéndose el saco.* ¡Y dejate de llorisquear! ¿Por quién me tomaste? ¿Qué te creés que soy? ¿Qué soy, eh? ¿Puto te creés que soy? *Lo zamarrea y lo indaga mirándolo a los ojos.* A mí no me jodas. Si se me ocurre te hago mierda. ¿Vos te olvidaste quién soy yo?

Carlos: *Abriendo el cajón de la mesita y sacando solapadamente la foto.* A mí me parece que el que te olvidaste sos vos. *Raúl lo suelta.*

R. Fernández: ¿Qué?

Carlos: *Mantiene la foto a sus espaldas, presto a desenvainarla.* ¿Te creés que es tan fácil decir chau, hasta luego y si te he visto no me acuerdo? ¿Qué te creés que soy? ¿Una servilleta de papel, que se usa y se tira? ¿Así que el señor es muy poderoso? Yo quisiera saber qué cara pondría el señor si apareciera en el diario besándose conmigo... Adonde se iría la poderosa carrera política del señor... Adónde...

R. Fernández: ¿Adónde querés llegar? Sabés que jamás te voy a ver a menos de dos metros en ningún lugar público... ¿Qué querés inventar? ¿Qué querés? ¿Guita querés?

Pausa.

Carlos lo mira piadosamente.

R. Fernández: *Intentando arreglarle las ropa que le ha desacomodado con el zamarreo.* Perdoname. Estoy nervioso. Hay una jueza de mierda que está investigando lo de las vacunas y...

Carlos: *Deja el sobre sobre la mesa.* Dejame acomodarte el saco.

R. Fernández: No llores. Sabés que soy un calentón y... No seas tonto. *Por el sobre de la foto.* ¿Y eso que es?

Carlos: *Acomodándole la corbata.* Nada.

R. Fernández: ¿Cómo nada?

Carlos: Nada... Una factura. No puedo si te seguís moviendo. Listo. Muy pintón... Seguro te dan el cargo.

R. Fernández: ¿Te parece?

Carlos: Sí.

R. Fernández: Entonces... me voy.

Carlos: Sí.

R. Fernández: De todos modos, no hay nada seguro. A veces uno hace planes y...

Carlos: Sí. A veces uno hace planes.

R. Fernández: Bueno... se me hace tarde. Yo... me voy.

Carlos: Sí.

R. Fernández: Si puedo, después te llamo.

Carlos: Mejor, no...

R. Fernández: Yo...

Carlos: *Dándole la espalda, ocultando el llanto.* No.

R. Fernández: Chau... *Sale.*

Carlos: Chau.

R. Fernández: *Volviendo sobre sus pasos.* Te salió rico el dulce... *Lo mira como para agregar algo y después de dudar, sale raudamente.*

Carlos queda silente, de pie, llorando. Sonríe y rompe en muchos pedacitos la foto. Deja los pedazos en la palma de su mano, la eleva hasta la altura de sus ojos y vuelca la palma dejándolos escurrirse.

Fin del segundo acto.

Acto III: Carnada

Sentado sobre un muro costanero, con los pies hacia el río, un hombre (Raúl Fernández) reflexiona. De tanto en tanto mira hacia abajo. Un vendedor de lombrices (El Gallego), se acerca voceando su producto.

Gallego (Vendedor): Lombrí, lombrí, lombríiii... A la lombrí misionera, para toda la costaneraaaa...

Habla a público. Juro que si alguno me hubiera dicho que ese día me iba a morir, le hubiera apostado en contra hasta el calzoncillo ¡Que me iba a imaginar que...! Yo estaba parado acá, exactamente acá, donde *no* estoy ahora. Era una noche clara y había luna sobre el río. Cuarto menguante, roja como una brasa. Parecía un barquito de papel incendiándose, flotando quieto sobre el horizonte. A mí me quedaban tres tarros de lombrices y me había empeinado en querer venderlos... Son esos berretines que a veces le agarran a uno y que... y que qué se yo. Por tres tarritos de lombrices... Lo importante es que yo estaba parado acá, exactamente acá, donde *no* estoy ahora y en eso me doy vuelta y lo veo. Estaba sentado sobre el murito costanero, con los pies hacia afuera, hacia el río. Yo lo reconocí enseguida y no me preguntes por qué, porque estaba super distinto y miraba el agua. El río. El Rauli. A veces uno se agarra cada berretín que... Me acuerdo que no atiné a hacer nada, nada. Me quedé mirándolo y apoyé los tres tarritos en el muro. Pensar que cuando lo veía en la tele parecía tan... tan... queseyo... Tan... y ahora estaba ahí, sentado en el murito... tan... tan... Yo, se ve que me olvidé de la rabia o me distraje. Si cuando lo veía en el noticioso, me daba ganas de comerme la tele de la bronca. Y yo no fanfarroneaba cuando decía que si me lo cruzaba por la calle lo iba a... Pero no sé. Cuando lo vi ahí, solo, mirando el río y esa luna incendiándose... no sé. Me dio una cosa. Y pensar que un empujoncito me habría bastado para convertirme en prócer. Pero no sé... La cuestión es que me acerqué y le dije:

- Rauli, ¿sos vos?

R. Fernández asiente con la cabeza, casi imperceptiblemente.

Vendedor (Gallego): *A público* ¡Qué cosa, che! Vos sabés que me dio un *noséqué*, acá en el garguero. Es que es jodido laburar de noche y al lado del río. Te tragás la bruma y... ¡No! Pero para mí que lo que se me atravesó esa vez en el garguero fue la luna... Por eso, cuando se dio vuelta y me acordé, me quedé duro. Porque me acordé de todo junto. Del Rauli, meta tirar gambeta en la vereda y la Elsitá, que desde enfrente relojeaba. De los tres, comiendo arroz con leche bajo la parra, en la casa de mi abuela y esos tres tarritos de lombrices que no me dejaban... Porque me acordé de todo junto no hice nada. Por eso me quedé duro. *A Fernández.* ¿Quéá ´ce acá? *A público.* Y nada. Seguía quieto, mirando el agua. El agua que le caía por las mejillas y no le paraba. Yo no lo podía creer: el Rauli lloraba. Pucha que la gente cambia. *A Rauli.* Pará, loco. No vayas a hacer una locura... *A público.* Yo creo que si en ese momento no le hablaba, el Rauli se tiraba... *A Rauli.* Pará, las cosas se arreglan de otro modo... Dejate de macanas...

R.Fernández: En este ispa, Gallego, no se arregla nada.

Gallego: También vos... mirá que afanaste. Digo, bueno... no lo digo yo...el noticioso dijo... Sí, ta ´bien que muchas veces a las cosas las agrandan... ya sé... pero... *Pausa.* Tres palos.

R.Fernández: Quince.

Gallego: ¿Quince qué?

R.Fernández: Quince palos. ¿Qué va a ser?

Gallego: ¿Quince? *Pausa.* Mucha guita.

R.Fernández: Poca. Cuando es mucha nadie te encana.

Gallego: ¿Quince palos?

R.Fernández: Sí, que tiene. ¿Tanto te parece ?

Gallego: Bueno... qué sé yo... quince palos...

R.Fernández: *(A cada pregunta de Fernández, el Gallego niega con la cabeza)* ¿Vos sabés lo que cuesta mantener un yate? ¿Cuanto gasto en jardinero con una casa con dos mil metros cuadrados de parque? ¿Y el jockey, el haras, los links? Todo eso te chupa la sangre... ¿O vos te creés que a mí los viajes a Europa me los regalan?

Gallego: No, claro...

R.Fernández: Claro que me los regalan. ¿O ahora resulta que también me voy a tener que pagar el pasaje?

Gallego: No, claro.

R.Fernández: Pero cada vez que viajamos, vuelvo con los riñones hipotecados. Basta que Elsa baje del avión para que reviente las tarjetas de crédito...

Gallego: Y... la Elsitita siempre fue un poco gastadora...

R.Fernández: ¿Un poco gastadora? ¡Un poco gastadora! ¡Es una máquina de hacer humo la guita!

Gallego: Bueno, pero vos ya la conocías...

R.Fernández: Me ensarté, Gallego... Me ensarté...

Gallego: En el fondo a todas las minas les gusta...

R.Fernández: A eso me refiero, Gallego... Me ensarté.

Gallego: ¿Eh?

R.Fernández: Yo no sé si lo mío eran las minas...

Pausa. Los dos miran el agua. El Gallego comienza a reírse.

Gallego: ¡Mirá que so´ jodón!

Fernández lo mira serio y el Gallego enmudece. Los dos vuelven a mirar el agua. Pausa.

Gallego: ¡Che, dejate de joder! No me vas a decir que... Vos no te pudiste haber... Una cosa es ser chorro y otra... chorro, dicho con todo respeto. Rauli, decime que no... A vos te conoció mi abuela. ¿te acordás de cuando nos servía el arroz con leche debajo de la parra? Dejate de joder y decime que no...

Pausa. R. Fernández se encoge de hombros.

Gallego: No somos nada...

Fernández asiente, negando con la cabeza. Pausa.

Gallego: Te podrías haber avivado antes, ¿no?

R.Fernández: ¿Antes de qué?

Gallego: No mi ´hagá engranar...

R.Fernández: ¿De que hablás?

Gallego: De la Elsitita, hablo, de qué va ´ser...

R.Fernández: ¿Y me querés decir cómo me iba a avivar? ¿Me querés decir cómo? Si cuando me la levanté parecía más buena que el arroz con leche...

Gallego: ¿Te acordás de esa noche? ¡Mirá que esa sí fue una noche de joda!

R.Fernández: ¡Como para no acordarme! Nunca te había visto así de borracho, antes. ¡Qué bailes...!

Pausa.

R.Fernández: ¿Por qué no la sacaste vos aquella noche?

Gallego: ¿A quién?

Pausa.

Gallego: Y qué sé yo... vos la viste entrar primero.

R.Fernández: No es cierto. A mí me la marcó el flaco Mastronardi y vos hacía rato que la estabas junando.

Gallego: No me acuerdo.

R.Fernández: Sí que te acordás. Tenía un vestido lila... Todo el club la miraba...

Gallego: Eso fue hace mucho... Qué sé yo...

R.Fernández: Pero si fuiste vos el que me dijiste que parecía una flor con ese vestidito lila... Ella estaba al lado de la prima del Beto y vos no parabas de mirarla...

Gallego: Rosa.

R.Fernández: ¿Rosa? ¿Estás seguro que se llamaba así la prima del Beto..?

Gallego: El vestido.

R.Fernández: ¿Qué pasa con el vestido?

Gallego: El vestido era rosa.

R.Fernández: Entonces te acordás.

Gallego: Como para olvidarme .Solo necesito cerrar un poco los ojos y hasta escucho la música que estaban tocando... ¡Qué carnavales dios! Ella estaba a un costado calladita , al lado de la Mirta la prima del Beto, que era fea como hambre de tres días. Toda la barra estaba muerta con ella. No le sacábamos los ojos de encima. El flaco dijo no sé que grosería y casi le bajo los dientes. Esa era una minita para la mesita de luz, se le notaba que era buena piba...

R.Fernández: ¿Por qué no la sacaste vos, Gallego...?

Gallego: Qué sé yo... Al principio casi la saco, yo creí que me miraba... Pero te miraba a vos que estabas detrás mío. Y vos venías tan embalado que...

R.Fernández: Estaba bárbara con ese vestidito lila...

Gallego: Rosa.

R.Fernández: Eso.

Gallego: Además yo no hubiera sabido que decirle y vos eras bueno para la labia. Le diste charla enseguida... Yo sabía que te iba a ir bien en la política, siempre lo decía... El Rauli es bueno para la labia... Yo te voté.

R.Fernández: ¿Vos me creíste?

Gallego: No, claro. Pero yo sabía que con esa labia vos ganabas... Así te la ganaste esa noche a la Elsitita. Para mí votarte fue un poco como salir de perdedor... Yo estaba seguro de que ganabas...

R.Fernández: ¿Y me querés decir cómo me iba a avivar esa noche que...? ¿En serio me votaste?

Gallego: Toda la noche te la parlaste. Y ella no te sacaba los ojos de encima... Si hasta cuando se fue al baño de reajo te miraba...

R.Fernández: Vos no bailaste esa noche...

Gallego: No. Hacía mucho calor.

Pausa.

Gallego: Además, se me había atorado el garguero... No sé... Cuando me pongo nervioso me pasa...

R.Fernández: ¿Nunca le dijiste nada?

Gallego: Rajate y no preguntés más nada. Mirá que por acá anda seguido la cana... El noticioso decía que te buscaban...

R.Fernández: ¿Le dijiste?

Gallego: Yo no tenía nada que decirle a la novia de un amigo...

R.Fernández: ¿Yo era tu amigo?

Gallego: Es una forma de decir... Vos amigo, lo que se dice amigo, nunca fuiste de nadie.

R.Fernández: No, claro...

Gallego: ¡Qué bárbaro! Siempre fui un flojo que moquea por cualquier cosa y empieza a hablar pavadas... Me hablás del club, de la barra, de los bailes y se me cae el moco... Era otra época... Mirá si éramos pibes... *(Saca la cédula de identidad y le muestra la foto)* Parece la foto de otro.

R.Fernández: ¡Ah, no! Yo tanto no cambié. *(Saca su cédula y muestra la foto. El Gallego la mira y sonrío socarrón)* Bueno, más o menos... *(Fernández acepta y sonrío)* ¡Qué increíble!

Gallego: ¿Qué cosa?

Cada uno guarda su cédula en el bolsillo de sus respectivas camisas.

R.Fernández: ¿Vos sabés...? Yo me le tiré por joder... joder a la barra. Estaban todos tan calientes... Después le hice el novio un poco, para ver si me la pinchaba... la noche que aflojó la chabomba nos enganchó el viejo y aterrizamos en el altar de una patada... ¡Mirá que me ensarté. Parecía más buena que el arroz con leche y resultó ser... Apenas salimos de la iglesia yo ya me di cuenta que había algo que no funcionaba... me dijo que esperaba que para el primer aniversario nos cambiáramos las alianzas. Que quería unas de oro. Claro... yo en esa época tendría para unas de lata... Le dije que sí... Que sí mi amor... y de ahí al yate ya no había como pararla... ¡Era como un constante tirón de güevos la muy turra! No había cosa que la conformara... Un día... ya casados... La avancé por "atriqui" y le dije "te quiero". Eso sale plata me contestó. ¡Turra! ¡Sólo la guita le importaba..!

Gallego: ¡Repetilo de nuevo y te hago tragar las lombrices!

R.Fernández: ¡Turra, turra, turra!

Gallego: ¡Basta! Si volvés a hablar mal de la Elsita te hago tragar los tres tarritos de lombrices y te mando al fondo para que los bagres te lo saquen de la panza.

R.Fernández: A Elsita la inventamos. Vos, yo, la barra... Lo que existe es Elsa: una turra que no se conforma con nada.

Gallego: ¡Te dije que te calles!

R.Fernández: Aunque me calle la boca no va a cambiar nada. Esa es una yegua que no deja títere con cabeza con tal sacar tajada.

Gallego: ¡No mientas! La Elsita es una piba de lujo.

R.Fernández: Claro que es de lujo... ¡Bien de lujo...! Y vos vendiendo gusanos jamás podrías pagarla.

Gallego: ¡Lombrices y más respeto! A la Elsita no es una de esas que se le pagan...

R.Fernández: ¡Falso! Todo el ministerio se la pasaba. ¿O vos te creés que mi carrera política la hice a base de mi labia? La que movió la lengua siempre fue ella. Y te aseguro que no le hizo asco a nada.

Gallego: Estás inventando.

R.Fernández: Cuando se avivó como se cocinaba la rosca, todos los colectivos la acercaban.

Gallego: ¡Callate! Yo sé quien es la Elsita...

R.Fernández: ¡Vos no sabés ni vender carnada!

Gallego: ¡Callate!

R.Fernández: ¿Querés saber lo que decía de vos y del barrio esa yegua cuando estaba merqueada? Porque la "Elsita", "tu" Elsita, bien que se merqueaba...

Gallego: ¡Te dije que te callés! (*Tapándose las orejas*) ¡No quiero oír más nada!

R.Fernández: (*A público*) Entonces se lo dije. Con la calentura se lo dije tres veces y le conté quien había hecho que la olla se destapara. (*Al Gallego, que está consternado y ya no puede oír más nada*) Ella era la única que la podía desbancarme sin que yo sospechara... mandó al frente a un gil de la secretaría. Un cagón que me la tenía jurada. Mostró un expediente a la prensa Y quedé pegado. El revuelo que se armó en media hora ya no había quien lo parara. Claro, que dijo tres palos y no quince, un desliz. ¡Turra! Me llamó y me dijo: se destapó lo de las vacunas. Te espero en aeroparque. ¡Mirá si seré gil que me fui derecho sin sospechar nada! Yo estaba nervioso. Frío transpiraba. Cuando estaba llegando al aeropuerto, sentí que me meaba. Eso me salvó. Le dije al

chofer que parase antes y me zambullí en el baño del sector de carga. El se fue a despachar las valijas. A los treinta metros lo emboscó la cana. Me salvé por un pelo. La llamé por el celular mientras meaba. Y me atendió la muy guacha: dice tu abogado que lo mejor es que te entregues. Además quiero el divorcio. No voy a soportar la inmoralidad en esta casa. Colgué y me salpiqué el pantalón. Mi abogado también se la pinchaba. Me habían hecho la cama. Ya estaba todo perdido... mi matrimonio, mi carrera política, mi honor... ya no me quedaba nada. Entonces tiré el saco y la corbata al mingitorio y me fui caminando derecho hacia la cana. Formaban un cordón. Me extrañó que no se me abalanzaran. Yo enfilaba derecho, con la frente bien alta. Cuando llegué delante de un cabo primero le dije con voz firme: Soy Raúl Fernández, proceda según la ley le ordene. Yo - aunque más no fuese - a un momento de dignidad todavía aspiraba. El cana me miró de arriba a abajo y me dijo: Si vos sos el tal Fernández yo soy el Rey Juan Carlos de España... rajá de acá marmota. Mirá si el punto que buscamos va a tener esta baranda... Me sacaron a los empujones. Entonces me crucé acá... Ya no me importaba nada. Creo que si no me hablabas... te juro que si no me hablabas...

Gallego: ¿En serio la Elsitita decía eso de mí?

R.Fernández: *(Asiente)*

Gallego: ¿Eso pensaba?

R.Fernández: *(Asiente)*

El Gallego se va a tirar y Fernández lo detiene apoyando con suavidad la mano en un hombro. Se miran. Fernández saca su cédula del bolsillo de su camisa y lo guarda en el de la camisa del Gallego, del cual extrae la cédula de aquel y la guarda en su bolsillo. Una vez hecho el intercambio, los dos hombres se miran. Fernández se encoge de hombros y luego le da una palmadita en el hombro al Gallego, quien hace el ademán de tirarse.

Apagón.

R.Fernández:*(off)* Lombrí, lombrí, lombriiiií...

FIN

Alejandro Robino. Correo electrónico: alejandro_robino@ciudad.com.ar

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Octubre 2004

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
www.celcit.org.ar